

sidera que todo esto se hace gratuitamente, se comprenderá mejor su mérito, y sabrá apreciarse de la manera debida el sacrificio de los individuos que, sin esperar retribucion alguna de los hombres, viven para trabajar en la noble empresa de hacer felices á sus semejantes.

Los Griegos disidentes desempeñan en Palestina una mision muy diversa: no es la de civilizar, no es la de ilustrar, no por cierto, pues no poseyendo ellos ni civilizacion ni luces, ménos podrán comunicarlas á los otros. Oscurecerlo todo, sembrar divisiones por todas partes, inspirar fanatismo; ved ahí su única mision. Dos monjes rusos edificaron un monasterio sobre la fuente que llaman de María, distante un cuarto de legua de Nazareth, y este nombre ya les dió motivo para propagar entre los suyos, que «cuando la que habia de ser Madre de Dios iba á buscar agua á aquella fuente, el ángel Gabriel le dió el aviso de su maternidad.» Para dar colorido á esta historietta la fuente ha sido decorada con altares; y su agua, sacada desde allí, es conducida hasta un público depósito, para que su manantial, cubierto con el templo, no sea visitado sino con el solemne aparato que un santuario.

Esta impostura, opuesta al sentido del Evangelio, que coloca á María en la ciudad de Nazareth, se encuentra refutada por mil monumentos, que son como la crónica viviente del lugar en que se inició la redencion del linaje humano. Un soberbio templo fué construido por la madre de Constantino sobre la casa de María, y en su pórtico se escribió: «*Este es el santuario donde se puso el primer fundamento de la salud humana.*» Desde el siglo cuarto, en que el lustre de la nobleza romana, santa Paula, visitó este templo, hasta el 25 de marzo de 1251, en que san Luis, rey de Francia, penetró tambien su sagrado recinto, desnudos sus piés y ceñida con cilicio su cintura, una serie no interrumpida de ilustres personajes depositaron sus ofrendas al pié de los altares. Eduardo, príncipe de Inglaterra, arrojó despues de Nazareth á los musulmanes que destruyeron la soberbia basilica; mas hasta entónces, en

medio de escombros y de ruinas, el lugar que contuvo la humilde habitacion de la Virgen de Nazareth no fué desconocido. Las columnas de pórfido que señalaban el sitio ocupado por aquella y por el ángel durante la celestial visita quedaron en pié, y los raros cristianos que habitaban la desolada ciudad encendian allí sus lámparas por la noche. En 1620 los Franciscanos obtuvieron un firman para reconstruir la iglesia, y los viejos arcos y estropeados chapiteles del de Santa Helena no habian desaparecido. Hoy mismo sus restos se dejan contemplar todavía, y las viejas columnas de pórfido, aunque rota una por la codicia de los Árabes, que pensaban encontrar tesoros en su seno, viven en pié para desmentir aquellas fábulas, hijas del interes y de la ignorancia.

Salí de Nazareth con direccion á Tiberiades, y á una hora de distancia encontré la villa de Séforis, donde poseen los católicos una pequeña iglesia dedicada á san Joaquin y santa Ana, de quienes creen algunos ser la patria: como en todos los lugares de la Palestina donde hay hombres ó sucesos célebres para la fe que recordar, en Séforis se encuentran restos magníficos de templos consagrados á aquellos dos ilustres personajes. Los religiosos de Nazareth concurren allí dos veces en el año, para celebrar con la pompa solemne de la Iglesia el nacimiento de ambos.

Caná, ciudad importante de Galilea y célebre por el primer milagro obrado por Jesucristo, queda enfrente de Séforis y á la misma distancia que esta de Nazareth. Edificada sobre una colina alta y rodeada de otras mas bajas, domina sus alrededores plantados de verdes arboledas; el pueblo se divide en tres barrios, de los cuales habitan dos los Griegos cismáticos y uno los musulmanes. Del convento latino no quedan mas que los cimientos, y una cruz que anuncia pertenecer aquellas ruinas y el lugar que las contiene á los PP. de la Tierra Santa; aquellas se dice ocupan el sitio donde hizo Jesucristo la conversion del agua en vino. Cuando me paseaba mirando las enormes basas de piedra que sostuvieron las colum-



nas del suntuoso templo, me ví rodeado de repente por una multitud de niños árabes que me pedían *bakchís* (un regalo); muchas piastras distribuidas entre ellos no bastaron para contentarlos, y los mismos que ya tenían recibidas algunas, pedían mas y con mayor empeño, obligándome á recibirles pedazos de piedras que yo les veía levantar del suelo, y ellos llamaban reliquias de las vasijas que contuvieron el vino milagroso. Nada me admiraba que los Árabes me diesen piedras por reliquias, cuando su religion no respeta las que veneran los cristianos, y cuando á trueque de recibir algun dinero profanarian las mas santas; pero ver á sacerdotes que se dicen de Jesucristo presentar del modo mas serio fresca y entera una de aquellas vasijas, burlando así la credulidad de los sencillos por el interes de unas pocas monedas, me asombraba. Sensible es que Lamartine, al referir el lance de las *jarras*, omitiese decirnos que son cismáticos los que las exhiben, y que ningun monje católico existe en Caná de Galilea.

Al montar á caballo llovia sobre mí un aguacero de piedras; eran probablemente las mismas que no acepté como reliquias: nada valieron las piastras distribuidas, los mismos que las guardaban se empeñaban mas en ofender. ¡Ved ahí la gratitud de aquellos pequeños Árabes que correspondían á pedradas el dinero que recibieron! En hombres sin civilizacion de ningun género nada deben admirarnos ocurrencias semejantes; los que en Europa se llaman ilustrados, y dicen combatir por la ilustracion, han dado á aquellos el ejemplo. Los rojos de Helvecia, que corrian á pedradas á los monjes de San Bernardo, que sacaban de entre la nieve y arrancaban de los precipicios á los viajeros extraviados, los que pegaban fuego al hospicio donde tantos millares se cobijaron durante la tormenta, ¿no exhiben escenas mas repugnantes que la ingratitud de los Árabes? ¿ó aprendieron estos su conducta de aquella que observan los civilizados Europeos?